

El Estudio del Evangelio

*<< Estudio de Nuestro Señor
Jesucristo en el Santo Evangelio >>*

PUNTOS PARA NUESTRO TRABAJO

SUMARIO

Introducción	2
Recomendación de la Asamblea General 2007	4-6
Constituciones del Prado (n° 36-48)	7-12
Guía para la lectura de las Constituciones (Ficha de << evangelio >>)	13-15
Textos del Padre Chevrier	
Escritos espirituales (31-34)	16-18
El Verdadero Discípulo	19-27
Las Cartas	27-28
Textos de referencia	28-29
Estudio Espiritual del evangelio (Alfred Ancel)	30-34
Plan de primera formación (Ficha: Estudio del evangelio)	35-42
El estudio del evangelio en el Prado. Un método (Robert Daviaud)	43-48
Artículos publicados sobre el estudio del evangelio Documentos	50-51 eclesiales

Introducción

“Leo el santo Evangelio. ¡Cómo todo lo que dijo Nuestro Señor está bien dicho!, y ¡cómo debemos procurar ponerlo en práctica! Estudiemos siempre este hermoso libro; no dejemos de leerlo, para practicar lo que vemos en él; esta será nuestra regla, lo saben...” Con estas palabras, el Padre Antonio Chevrier, sacerdote de la diócesis de Lyon en Francia y fundador del Prado, nos invita a compartir su experiencia del estudio de Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio.

Las Constituciones de la Asociación de los Sacerdotes del Prado afirman. “Para crecer en el conocimiento de Jesucristo, nos comprometemos a estudiar el Evangelio de manera habitual y a hacer que éste forme parte de nuestras vidas. Sea de manera personal, sea en común, dedicaremos un tiempo considerable a este estudio espiritual: ‘Aquel que quiera llenarse del espíritu de Dios deberá estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida; he aquí la fuente donde encontramos la vida, el espíritu de Dios’. Haremos de este estudio un verdadero trabajo que tome en cuenta la totalidad de las Escrituras. Lo realizaremos en la sencillez de la fe, según la tradición de la Iglesia, en relación con los pobres, cuya vida compartimos” (C.37).

Este fascículo tiene como objetivo contribuir a que se fortalezca este “compromiso” de estudiar el Evangelio, a fin de conocer, amar y seguir mejor a Jesucristo, al centro de nuestra vida de discípulo y de apóstol. Encontrarán en estas páginas un conjunto de elementos de trabajo que pueden dar base y enriquecer nuestra propia experiencia. Que el Espíritu Santo nos abra la inteligencia y el corazón, para que entremos en una comunión cada vez más intensa con Jesucristo y con las personas hacia quienes Él nos envía.

Robert Daviaud
Responsable General del Prado
25 de enero de 2009
Fiesta de la conversión de San Pablo

*“Lo que existía desde el principio,
Lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
Lo que hemos contemplado
y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca
de la Palabra de Vida,
es lo que les anunciamos.*

*-Porque la Vida se hizo visible,
y nosotros la vimos y somos testigos,
y les anunciamos la Vida eterna,
que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado-*

*Lo que hemos visto y oído,
se lo anunciamos también a ustedes,
para que vivan en comunión con nosotros.
Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.*

Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa”

(1 Jn 1, 1-4)

El estudio de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio

***Recomendaciones de la Asamblea General
5-25 de Julio 2007 (Textos Oficiales II, 1)***

CONVICCIONES

Finalidad del Estudio de Evangelio

Estamos convencidos de que, por el Estudio de Jesucristo en el Evangelio, el Espíritu Santo nos desvela el misterio del Verbo Encarnado, nos lo hace conocer, amar y seguir. En este estudio, Cristo nos llena de su Espíritu, y éste forma en nosotros a Jesucristo.

Lo que hace de nosotros ministros eficaces del Evangelio en medio de los pobres es la configuración con Cristo, por obra del Espíritu Santo. Sólo quien conoce, ama y sigue al Señor puede dar testimonio de él y anunciarlo con autoridad y fecundidad.

Esto implica que el conocimiento nace del amor y se desarrolla en el amor como seguimiento de Jesús. Este conocimiento está al servicio del anuncio del Evangelio: “Seguidme en mis predicaciones”. “Hacer el Catecismo” es la finalidad apostólica del seguimiento de Jesucristo (VD 338).

La finalidad del estudio de Evangelio es, por tanto, según el Padre Chevrier, mística y apostólica a la vez, contemplativa y misionera. “El conocimiento de Jesucristo hace al hombre, al santo, al sacerdote”.

Importancia del Estudio de Evangelio

El estudio de Evangelio unifica nuestra vida en torno a la persona de Jesucristo. Es el corazón y el patrimonio de nuestro carisma. Nos acompaña cada día y el patrimonio de nuestro carisma. Nos acompaña cada día (VD 225). Es un compromiso ineludible.

Nuestro primer trabajo es estudiar a Nuestro Señor Jesucristo en la Escritura y en la vida de la gente. Por esto es el Estudio de Evangelio la fuente de nuestra misión de anunciar a Jesucristo y discernir los signos del Espíritu en las realidades del mundo.

En resumen, el Estudio de Evangelio es don del Espíritu Santo y la dimensión constitutiva de nuestra vocación pradosiana.

Originalidad del Estudio de Evangelio “al modo del Padre Chevrier”

El Estudio de Evangelio según el Padre Chevrier tiene como finalidad conocer la persona del Verbo Encarnado, dirigirnos a él en la oración para seguirle en su Espíritu y conducir a los hombres a su encuentro.

El Estudio de Evangelio desarrolla la dimensión mística y apostólica del carisma pradosiano, en una fidelidad creativa y en el contexto actual del mundo y de la Iglesia.

El Padre Chevrier ha sido un hombre creativo y eficaz en su acción apostólica porque vivía inmerso en el Evangelio.

Cinco dimensiones importantes, entre otras, debemos cultivar en el “modo de hacer el Padre Chevrier” el estudio de Jesucristo:

- Hay que recibir el Estudio de Evangelio como un don y una acción del Espíritu Santo, un don que debe ser acogido, pedido y cultivado, un trabajo a realizar en “espíritu de oración”.
- Se trata de un estudio que se hace en la totalidad de las Escrituras.
- En comunión con la Iglesia, en su tradición viva.
- En comunión con los pobres con los cuales compartimos la vida, estando al servicio de su evangelización.
- En comunión con los hermanos pradosianos: en el presbiterio y en nuestras Iglesias particulares, el Estudio de Evangelio es un signo que nos permite dar testimonio todos juntos de una vida alimentada por el Evangelio.

Haciéndolo así, el Estudio de Evangelio es fuente de alegría para quienes lo practican con fidelidad. Puede parecer aburrido o, en ciertos casos, una cruz, a causa de nuestras debilidades humanas y nuestras ocupaciones pastorales; pero cuando somos fieles, descubrimos que nos enseña a conocer a Jesucristo a través del conjunto de las Escrituras y nos da la fuerza del Espíritu Santo.

Se trata, gracias al Espíritu Santo, de seguir más de cerca al Enviado del Padre, de recibirle en nosotros y de anunciarle a los otros. Conocer, amar y seguir a Jesucristo para hacerle conocer, amar y seguir.

Debemos compartir más a menudo nuestros estudios de Evangelio, explicitar de qué manera y en qué espíritu estudiamos el Evangelio, así como los frutos pastorales que nacen de los Estudios de Evangelio.

Recomendaciones

- Estamos llamados a superar el desajuste entre nuestras **convicciones** sobre el Estudio de Evangelio y la práctica de este estudio. Proponer los **medios** para ello.
- Revitalizar y actualizar el Estudio de Evangelio **al modo del Padre Chevrier**.
- Organizar **sesiones** sobre el Estudio de Evangelio.
- Intercambiar **en la revista** del Prado General nuestros modos de hacer el Estudio de Evangelio. Hacer fichas sobre el Estudio de Evangelio para los pradosianos una o dos veces al año. Hacer un número especial de la revista sobre este tema.
- Que los **Permanentes**, cuando hagan sus visitas, reserven sistemáticamente un tiempo de formación en el Estudio de Evangelio. Recordarán siempre la fidelidad y la regularidad en el Estudio de Evangelio. Saborear el Estudio de Evangelio. Recordatorio frecuente de que el estudio de Evangelio es un elemento constitutivo de nuestra vocación y, por tanto una exigencia de nuestro compromiso.
- Un portal en la **página web** del Prado sobre el Estudio de Evangelio.
- Fichas simples para hacer el Estudio de Evangelio **con los laicos**. Un medio para poner el Evangelio en las manos de los pobres.
- Recordar el carácter **pastoral** del Estudio de Evangelio y su relación con “hacer el catecismo”.

CONSTITUCIONES DE LA ASOCIACIÓN DE LOS SACERDOTES DEL PRADO

(Capítulo 5)

36 La fidelidad a la vocación apostólica del verdadero discípulo de Jesucristo no consiste simplemente en observar una regla; cada uno debe comprometerse y perseverar en el esfuerzo de seguir a nuestro Señor más de cerca, para hacerse más capaz de trabajar eficazmente en la salvación de los hombres¹.

«Conocer a Jesucristo lo es todo. El resto es nada »²

37 Para progresar en el conocimiento de Jesucristo nos comprometemos a estudiar habitualmente el Evangelio y encarnarlo en nuestras vidas.

Sea personalmente, sea en común, dedicaremos un tiempo considerable a este estudio espiritual: << El que quiera llenarse del espíritu de Dios debe estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida; he aquí la fuente donde nosotros encontraremos la vida, el espíritu de Dios>>³.

Haremos de este estudio un verdadero trabajo que tenga en cuenta la totalidad de la Escritura. Lo realizaremos en la simplicidad de la fe, según la tradición de la Iglesia, sintiéndonos unidos a los pobres cuya vida compartimos.

<< En la oración de cada día es donde hay que hacer este estudio y hacer pasar a Jesucristo a la propia vida. Es ahí donde encontraremos cada día alguna luz del Espíritu Santo y llegaremos poco a poco a conformar nuestra vida a la de Jesucristo. Es necesaria una oración asidua >>⁴.

En su oración, el verdadero discípulo pide a Cristo, Verbo Salvador, que abra su espíritu y su inteligencia para que la Palabra de Dios entre en su corazón y pueda él gustarla y comprenderla⁵.

Desea que todas las palabras del Evangelio sean para él otras tantas luces que le iluminen, le hagan ir a Jesús y seguirle en todos los caminos de la justicia y la verdad.

¹ Relato de la “conversión” del P. Chevrier, según el testimonio de Jean-Marie Laffay (Proceso de beatificación, t.2,98)

² VD. 113-114

³ VD. 226

⁴ VD.227

⁵ Ver la oración “Oh Verbo, oh Cristo”, en Vd., 108

Mientras que nosotros sentimos siempre la tentación de decir que el Evangelio es impracticable ⁶, el Padre Chevrier nos enseña a hacernos dóciles al Espíritu para escuchar, meditar y poner en práctica la Palabra, porque en ella está vida, la alegría, la paz, la felicidad.

38 Para reconocer la presencia y las llamadas de Jesucristo, y poder colaborar en su acción anunciando a todos la Buena Noticia de la salvación, tratamos de contemplar también la vida de los hombres a la luz de la Palabra de Dios.

Al compartir la vida de los hombres y de los pueblos, aumenta nuestra capacidad para descubrir << las semillas de la Palabra que en ella se contienen >>⁷. Tenemos presente que el Espíritu Santo <<se anticipa visiblemente a la acción apostólica, de la misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas maneras>>⁸.

Estamos convencidos de que una mirada contemplativa sobre la vida, continuamente avivada y purificada en la oración, es una fuente de conocimiento de Jesucristo y de dinamismo misionero.

39 Acogiendo igualmente la vida de la Iglesia, descubrimos el rostro con que hoy Cristo se da a conocer. Impulsados por el Espíritu, mantendremos nuestro esfuerzo por profundizar el misterio de la Iglesia a través de la oración y el ejercicio del ministerio.

La misión de la Iglesia, en efecto, << continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres >>⁹.

<< Tener el Espíritu de Dios, lo es todo >>¹⁰

40. <<El Espíritu Santo es quien debe producir en nosotros todo el exterior>>¹¹.

A través del estudio del Evangelio y de la oración diaria queremos <<poner como fundamento principal lo interior, la savia espiritual que debe dar vida a todo lo exterior>>¹².

Oraremos mucho para pedir a Dios su Espíritu ¹³. Es necesario orar cada día y, especialmente para esto, confiarse a la intercesión de la Virgen María que perse-

⁶Ver VD. 229

⁷ AG. N. 11

⁸ AG. N. 4

⁹ AG n 5

¹⁰ VD. 231

¹¹ VD. 221

¹² VD: 222

¹³ Ver VD.227

vera siempre en la oración con nosotros, igual que en otro tiempo con los apóstoles¹⁴.

Con ella nos mantendremos fieles a la oración diaria de los Salmos que la Iglesia pone en nuestros labios para presentar a Dios el grito de los hombres, en la espera del Espíritu.

41 Para permanecer fieles a este Espíritu que no cesa de actuar en el mundo, nos ayudaremos unos a otros a escuchar y discernir constantemente la llamada de los pobres, tanto la llamada de los pueblos pobres como la de los más pobres en nuestros pueblos. Escuchar esta llamada supone escucharla como voz de Dios hoy.

42 El Espíritu de Dios se nos da en la Iglesia, Pueblo de Dios convocado por Cristo en el Espíritu Santo, para proclamar y celebrar las maravillas de Dios entre los hombres, en la diversidad de lenguas y culturas.

Para avanzar con seguridad por los <<caminos del Espíritu Santo>>¹⁵, trataremos de penetrar en el espíritu de las orientaciones y decisiones de <<nuestro Santo Padre el Papa>>¹⁶, de nuestros obispos y de todos aquellos que tienen autoridad y responsabilidad respecto de nosotros, para dejarnos configurar por ellas.

Meditaremos los ejemplos de los santos que nos estimulan a avanzar decididamente por el camino del Evangelio.

Buscaremos el espíritu de Dios en la fe sencilla de los pobres: <<Hay almas que sienten la verdad naturalmente y la aceptan alegres y dichosas desde que la ven...

Dios ha puesto en ciertas almas un sentido espiritual y práctico que encierra más sentido común y espíritu de Dios que el que hay en la cabeza de los más grandes sabios. Testigos, ciertos buenos campesinos, algunos buenos obreros, algunas buenas obreras, mujeres que en seguida comprenden las cosas de Dios y saben explicarlas mejor que muchos otros>>¹⁷.

43 Para caminar según el Espíritu de Dios, nos damos las presentes constituciones, pues el espíritu de Dios se encuentra además en una regla de vida sacada del Evangelio y aprobada por la Iglesia¹⁸. Pero este Espíritu no se halla en el sometimiento puramente exterior a una regla; hemos de tener siempre en cuenta que nuestro único reglamento inmutable es el Evangelio y que <<una onza de verdadera caridad vale más que cien libras de reglas>>¹⁹.

¹⁴ Ver Hch 1,14

¹⁵ VD. 218

¹⁶ Ver VD. 226

¹⁷ VD. 218

¹⁸ Ver VD. 226

¹⁹ Reglamento de los Hermanos y de la Hermanas del Prado, 1864.

Tendremos igualmente en cuenta que <<el espíritu de Dios es raro, porque es muy difícil dejar del todo la propia razón, la propia ciencia, la propia vida natural, los defectos del propio espíritu, para llenarse del Espíritu de Dios y no obrar más que según el espíritu de Dios>>²⁰.

Con el fin de garantizar siempre la primacía de la caridad pastoral, la <<Asociación de los Sacerdotes del Prado>> se da esta sencilla regla de vida que permite la adaptación a los tiempos y a las diversas circunstancias de la vida apostólica²¹.

**<<Una sola cosa es necesaria:
Anunciar a Jesucristo a los pobres>>²²**

44 Para anunciar el Reino a los pobres como Jesús y con Jesús, <<preferiremos la compañía de los pobres>>²³. Nos acercaremos a ellos por amor.

Adoptaremos en la medida de lo posible su género de vida porque <<nuestra vocación es la pobreza y el servicio a los pobres, los pequeños, los pecadores>> y <<estamos encargados de un modo más particular de evangelizar a los pobres>>. Así, pues, la solidaridad con los pobres nos hace compartir sus aspiraciones, sus iniciativas para sobrevivir, sus luchas por la justicia.

Somos testigos de su capacidad para asumir responsabilidades en el mundo y en la Iglesia. A su lado alimentamos nuestra esperanza con los signos del Espíritu que percibimos en su vida. Con ellos queremos compartir el Evangelio.

Para salir de verdad al encuentro de los más pobres y de los marginados de nuestras sociedades, de los no creyentes y de los más alejados de la Iglesia y de la fe en Jesucristo, no dudaremos, de acuerdo con nuestro obispo, en entregarnos a nuevas formas de apostolado con la preocupación constante de enraizarlas en el Evangelio y en la Tradición viva de la Iglesia.

Con el fin de garantizar el servicio del Evangelio en medio de ciertos grupos humanos, nos ofreceremos, si es necesario, para trabajar manualmente y compartir de este modo la condición de los pobres allí donde este ministerio sea considerado oportuno, con la aprobación de la autoridad competente²⁴.

²⁰ VD. 228

²¹ Ver PO n. 14

²² Es la traducción actualizada de una fórmula del P. Chevrier:
“Una sola cosa es necesaria: hacer bien nuestra catequesis “ (VD. 299)

²³ Reglamento de los Sacerdotes del Prado de 1878; ver también VD. 402
El espíritu y las virtudes del P. Chevrier, 415-416

²⁴ Ver PO, n. 8

Para garantizar este servicio del Evangelio <<la Iglesia ha enviado en misión apostólica entre los trabajadores a sacerdotes que, compartiendo íntegramente la condición obrera, son testigos de su solicitud y de su afán>>²⁵.

A causa del Evangelio y de nuestra solidaridad con los pobres, aceptamos convertirnos, en comunión con Cristo, en signos de contradicción viviendo en la fe y la humildad, la incompreensión, la pérdida de nuestra fama e incluso la persecución.

45 <<No hay que instruir con grandes discursos que no llegan al fondo del corazón de los ignorantes, sino con enseñanzas muy sencillas y al alcance del pueblo>>²⁶.

Para anunciar a Jesucristo a los pobres procuraremos expresar la fe de modo sencillo y directo, tomando en serio lo que en la realidad de su vida es lo más importante y procurando encontrar las palabras más claras y significativas.

Para <<hacer la catequesis>> siendo fieles a la Palabra de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia, nuestro corazón y nuestra plegaria tienen que ser como un crisol en el que se encuentren y se iluminen mutuamente, en meditación reposada, el Evangelio y la vida de los hombres.

<<No es el libro quien instruye, sino el sacerdote>>²⁷.

46 Trabajaremos para que los pobres tengan su puesto privilegiado en la Iglesia y puedan expresar su fe.

Nuestra tarea es la formar entre ellos cristianos que crean, amen y se decidan a actuar según el Evangelio:

<<La fe, el amor y la acción son los tres efectos que hay que intentar producir>>²⁸.

Junto con todo el Pueblo de Dios, debemos sentir todos nosotros la responsabilidad de suscitar, sobre todo entre los mismos pobres, vocaciones de sacerdotes y otros apóstoles consagrados a su evangelización.

<<El camino de los consejos es el del amor verdadero>>²⁹

47 Para realizar la obra de Dios, que quiere reunir a todos sus hijos en un solo pueblo, somos llamados a configurararnos con Cristo en su caridad. Este amor nos urge a tomar el camino que él mismo tomo:

²⁵ Octogesima Adveniens, n. 48

²⁶ Cartas, n. 91

²⁷ VD. 450

²⁸ VD. 451

²⁹ VD. 121

<<Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis>>³⁰.

<<Haced como yo si queréis cumplir la misión que os confío en nombre de mi Padre>>³¹.

<<Nuestra unión con Jesucristo debe ser tan íntima, tan visible, tan perfecta, que los hombres deben decir al vernos: he ahí otro Jesucristo. Nosotros debemos reproducir, en el exterior y en el interior, las virtudes de Jesucristo, su pobreza, sus sufrimientos, su oración, su caridad.

Debemos representar a Jesucristo pobre en su pesebre, sufriente en su pasión, a Jesucristo que se deja comer en la santa Eucaristía>>³².

48 La <<Asociación de los Sacerdotes del Prado>>, erigida en Instituto Secular, recibe en este camino propuesto por la Iglesia un nuevo impulso para asumir los valores de la secularidad en el seguimiento de Jesucristo.

En la práctica de los consejos evangélicos, los miembros del Instituto, sacerdotes diocesanos y laicos consagrados, se sienten estimulados a una mayor fidelidad en la respuesta a las llamadas de Dios que nos llegan a través de los signos de los tiempos.

³⁰ Jn 13, 15

³¹ VD. 342

³² VD. 101

Guía para una lectura temática

de las Constituciones, propuesta por el Consejo General

EL EVANGELIO (Ficha 2ª)

Sabemos con qué tenacidad Antonio Chevrier buscaba que todas sus acciones y palabras brotasen de un gesto, de una palabra de Jesús, tal como eran atestiguados por los Evangelios. El texto de nuestras constituciones ha buscado permanecer fiel a esta intuición. Aunque no siempre citadas explícitamente, las Escrituras inspiran todas y cada una de las afirmaciones.

Pero Antonio Chevrier no practicó nunca la religión del libro. Los Evangelios y el resto de las Escrituras eran vistos por él como la presencia viva de Jesucristo en el testimonio apostólico. Su búsqueda constante era conocer a Jesús, a fin de llenarse de su Espíritu y capacitarse más y más para la misión que se le había confiado.

Uno de los mejores frutos del Concilio Vaticano II ha sido, sin duda alguna, el que la lectura de las Escrituras vuelve a ocupar el lugar de honor en las comunidades cristianas. La Iglesia nace y crece por la escucha de la Palabra. Pero ciertas lecturas no siempre dan cuenta de la originalidad de los Evangelios: el testimonio de Jesucristo, muerto y resucitado, dado por la comunidad apostólica, guiada por el Espíritu del Resucitado.

Cuando se pierde de vista esta originalidad, entonces las diferentes lecturas de las Escrituras corren el riesgo de limitar e incluso de impedir que <<la fuerza de salvación>>, tal como se desarrolla en los Evangelios, contribuya eficazmente a la edificación del pueblo de Dios.

Puesto que hemos sido constituidos ministros del Evangelio en medio de las naciones, estamos llamados a interrogarnos cómo acogemos con los pobres el Evangelio de Dios y cómo nos capacitamos conjuntamente para transmitirlo a las generaciones futuras.

El texto de nuestras constituciones, situándose en esta perspectiva, ha querido subrayar y recordar algunos aspectos presentes en la tradición pradosiana.

1. El Evangelio es la Buena Nueva del Reino de Dios, que ha llegado en la vida y misión del Enviado. Es la palabra de vida que sigue saliendo a nuestro encuentro para darnos la verdad y la vida, y mostrarnos el camino que nos conduce al Padre y a los hombres en el movimiento de la caridad divina. Estudiar el Evangelio es, entonces, dejarse modelar.

2. El Evangelio tiene poder de comunicarnos el Espíritu del Resucitado. Esto supone leer asiduamente la totalidad de las Escrituras, a fin de dejarse guiar por el Espíritu que animó a los profetas, residió incondicionalmente en Jesús y sigue conduciendo la Iglesia apostólica. Ese Espíritu lo adquieren quienes han trabajado y orado mucho, abiertos a su irrupción sorprendente.
3. El Evangelio es una fuerza de salvación, que edifica a la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, el Evangelio nos llega en la Iglesia y por la Iglesia. Por ello nuestra lectura del Evangelio debe ser plenamente eclesial. Estamos llamados a <<recibirlo>> de la Tradición; a entrar en su inteligencia medítándolo en el seno de la comunión eclesial, y a comunicarlo a las generaciones venideras, colaborando con todo el pueblo de Dios.
4. El Evangelio, palabra viva, debe ser acogido con todo un pueblo, animado por una cultura y sensibilidad propias. La multiforme riqueza de la palabra de Dios nos la revela el Espíritu, sirviéndose incluso del mundo. En esta perspectiva, los pobres son nuestros mejores aliados para descubrir los tesoros escondidos en los Evangelios. Sus vidas y su sentido común están impregnados de la simplicidad que conoce por experiencia, más allá de los razonamientos.

Todo esto reclama de nosotros un trabajo habitual y disciplinado, que debemos verificar comunitariamente. Las constituciones nos estimulan a recordar que el estudio del Evangelio es nuestro primer trabajo para ponernos al servicio de los pobres. Estos tienen derecho a encontrar en los pradosianos hombres que hablan desde el interior del Evangelio.

En nuestro estudio del Evangelio, hecho a la manera del Padre Chevrier, no podemos olvidar los progresos de la ciencia exegética. Pero debemos utilizarla de manera que nos permita entrar en una inteligencia renovada del misterio de Cristo.

Por ello, la simplicidad del Espíritu, que excluye todo prejuicio, seguirá siendo una de las características del estudio del discípulo y del apóstol que sabe sacar cosas nuevas de un tesoro siempre viejo y siempre nuevo. El Jesús de los Evangelios es la Novedad que ilumina y da el justo valor a todas las realidades.

CUESTIONES

1ª. ¿Cómo el texto de nuestras constituciones brota, implícita y explícitamente, del Evangelio leído en la tradición eclesial?

2ª. ¿Cómo el Evangelio sigue siendo para nosotros como la fuente primordial del conocimiento del Enviado del Padre?

3ª. ¿Cómo el Evangelio es la fuente de nuestra creatividad misionera y el camino privilegiado para caminar según el Espíritu del Resucitado?

4ª. ¿Cuáles son los rasgos de una lectura eclesial del Evangelio con los pobres y para los pobres?

5ª. ¿Cómo estamos llamados a renovarnos en la práctica del estudio del Evangelio?

NÚMEROS A LEER CON PREFERENCIA:

4; 12-13; 14; 16; 37-38; 45; 58; 74.

TEXTOS DEL PADRE CHEVRIER

1. ESCRITOS ESPIRITUALES

(III, 33-37)

El Evangelio

Al Padre Chevrier todo el tiempo le parecía poco para estudiar el Evangelio y conocer mejor a Jesucristo. Siempre que podía se retiraba a <<poner aceite en su lámpara>>.

<<Actualmente me encuentro en casa de los Padres Carmelitas para rezar un poco y estudiar la pobreza de Nuestro Señor. Leo el santo Evangelio. ¡Qué bien dicho está todo lo que ha dicho Nuestro Señor, y cómo debemos esforzarnos por practicarlo! Estudiemos siempre este bello libro; no dejes de leerlo, para practicar lo que ves en él; ya sabes que será nuestra regla...>> (Carta a Jean-Claude Jaricot, seminarista, 64 (1868)).

<<Para llegar a conocer bien a Dios se requiere un estudio tan grande, tan prolongado y al mismo tiempo tan suave, que nunca es demasiado el tiempo que se le dedica>> (Carta a las señoritas Mercier y Bonnard, 268 (1860)).

¿Por qué estudiar así el Evangelio?

El Padre Chevrier no aspiraba a convertirse en agudo exegeta. Sólo quería conocer cada vez mejor a Jesucristo, el Verbo de Dios, a quien amaba apasionadamente: en él resplandece toda la verdad, él es el único Salvador.

<<Oyendo a Jesucristo, oímos al Padre; “habla el lenguaje de Dios”, dice san Juan (Jn 3,34)>>

<<Viendo obrar a Jesús, vemos las acciones mismas del Padre, porque el Hijo no hace nada por sí mismo, y es el Padre quien hace sus obras>>

<<¡Qué bella armonía Qué acuerdo entre el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo!>>

<<Y nosotros ¿qué otra cosa tenemos que hacer sino estudiar a Nuestro Señor, escuchar su Palabra, examinar sus acciones, para conformarnos según él y llenarnos del Espíritu Santo?>>

<<Esa es una regla segura y cierta para llenarnos del Espíritu Santo y actuar y pensar de acuerdo con él>>

<<El Evangelio contiene las palabras y las acciones de Jesucristo. El Espíritu de Dios rebosa en toda su vida, en todas sus acciones. Sus palabras, sus acciones, son como luces que, desde el Pesebre al Calvario, nos va dando el Espíritu Santo. Cada palabra de Jesucristo, cada ejemplo, es como un rayo de luz que viene del cielo para iluminarnos y darnos la vida>>

<<Quien quiera llenarse del Espíritu de Dios debe estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida. Esta es la fuente en la que encontraremos la vida, el Espíritu de Dios>> (VD 225-226)>>

<<Este estudio hay que hacerlo en la oración de cada día y así hacer pasar a Jesucristo a la propia vida>> (VD 227)>>

El Evangelio, <<fuerza de Dios>> en el ejercicio del ministerio apostólico...

El conocimiento de Jesucristo a través del Evangelio produce la unión con él. Sólo unido a Jesucristo, se siente capaz Antonio Chevrier de desempeñar el ministerio al que es llamado.

<<Me siento tan pobre, tan incapaz, tan pequeño que me da vergüenza; y si no supiera que debo encontrarlo todo en el santo Evangelio y en las Epístolas de San Pablo, no me atrevería a emprender este trabajo, siendo tan ignorante. He leído poco, no conozco los autores que han tratado los grandes temas de la vida religiosa y sacerdotal...

Pero, con el santo Evangelio, me parece que soy más fuerte, que puedo tener confianza, pues, después de todo, no soy yo, es Jesucristo, y con él nadie puede engañarse, con él se tiene autoridad, con él se es más fuerte y nadie tiene nada que decir. Así que en él me apoyaré y en él esperaré...>> (Carta a la Sra. Franchet, 309 (1869).

<<Me he retirado a Limonest para trabajar y rezar, para poder hablar a mis seminaristas con el Evangelio. Veo la importancia de este asunto y la necesidad que tengo de la gracia de Dios y de su luz para llegar a algo sólido, auténtico y duradero.

Me doy cuenta de que solo puede darme fuerza y apoyo delante de ellos la autoridad de Nuestro Señor y que, para poder hablaren su nombre, necesito alimentarme de su vida, de sus palabras; es muy difícil...>> (Carta a la Srta. De Marguerie, 446 (1877).

El Evangelio: una casa abierta a todos.

Para formar verdaderos discípulos de Jesucristo hay que hacerles frecuentar el Evangelio. No basta que conozcan los conceptos y argumentos de la doctrina cristiana. Para el Padre Chevrier el Evangelio es como una bella casa que Dios pone a disposición de todos, no sólo para que la veamos por fuera, sino para que la visitemos, la habitemos, nos sirvamos de ella y remedemos nuestra necesidad.

<<El Padre solía decirnos: “Cuando queráis saber qué debéis pensar sobre alguna cosa, consultad el santo Evangelio. Debemos formar nuestro juicio según el Evangelio. El evangelio es el libro que ha formado a los santos”>> (Testimonio de Sor María, primera hermana del Prado).

<<En la vida de Nuestro Señor se encuentran la sabiduría y la luz. En sus detalles encontramos toda nuestra regla de conducta; encontramos la perfección y una enseñanza segura según Dios, pues Dios mismo se nos muestra en ellos.

<<¿Para qué sirve el Evangelio si no se le estudia?>>

Para conocer bien el Evangelio hay que entrar en los pequeños detalles de cada hecho, de cada acción; ahí encontramos la sabiduría.

<<Cuando uno pasa por una calle y ve una hermosa casa, la mira al pasar y dice: es una buena casa; no la ve más que por fuera, sin darse cuenta de todo lo que hay dentro, de la distribución, de la belleza, de las comodidades, etc. Se pasa, se mira, se comenta: es hermosa, y eso es todo; no se la utiliza. Pero si uno pasa adentro y visita cada piso, cada habitación, entonces puede admirar el orden, la belleza interior, la perfecta disposición>>

<<Con el Evangelio sucede igual: muchos le miran y comentan: es hermoso; pero no han pasado adentro para examinar las bellezas interiores y no pueden servirse de él, disfrutarlo, utilizar las cosas que se encuentran en él>>

<<Para conocer una casa hay que entrar en ella y utilizar las habitaciones que la componen>>

<<Para conocer el Evangelio, hay que entrar, ver los detalles y poner en práctica las cosas que encontramos en él; basta con que entremos un poco y conozcamos sus detalles para comprender inmediatamente lo bella, grande y perfecta que es esta casa. Verdaderamente es la casa de la Sabiduría>> (Ms VIII, 156).

2. 'EL VERDADERO DISCÍPULO'

El es nuestro maestro, nuestro único maestro³³
(VD 95 – 99)

Llamamos Maestro al que nos enseña y nos instruye.

Jesucristo es nuestro solo y único Maestro.

Es el verbo de Dios; en él están todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría.

Como Verbo, es el pensamiento mismo de Dios; posee toda la ciencia de Dios, todos los conocimientos del Padre.

Es la palabra del Padre, que se ha hecho visible exteriormente para hablarnos; viene del cielo para hablarnos y hacernos conocer la voluntad de Dios, su Padre.

³³ Ms. XI 26.

Necesidad de un maestro. Uno no puede conducirse solo, nuestra ignorancia es tan grande, nuestra razón tan poco clara, uno está demasiado propenso a equivocarse, a hacerse ilusiones, a tomar el mal por bien, lo falso por verdadero.

Cualidades de este Maestro. Si se tiene necesidad de un maestro para las cosas materiales, para aprender a leer, a escribir, las ciencias profanas, para aprender un oficio, un estado... con cuánta mayor razón necesitaremos un Maestro que nos conduzca en las cosas espirituales. Se quiere encontrar en él alguien superior en autoridad e inteligencia...

Se desea encontrar en él la verdad, la santidad, la justicia de doctrina que no nos engañe; ejemplos conformes a sus palabras, cierta cosa del cielo sobre lo que apoyarnos sin temor, un fundamento seguro y sólido, algo infalible en él, a quien poder entregar nuestra confianza. Tan importante es esto para la fe y la conducta que debemos mantener.

¿Dónde encontrar semejante Maestro? No lo encontraremos entre los hombres, ni en nosotros mismos. Yo me doy cuenta que puedo equivocarme y que cualquier otro hombre puede también equivocarse. Este Maestro no vendrá, pues, de entre los hombres, tendrá que venir de Dios, del cielo, ser Dios mismo que nos instruya; de otra manera, no habrá nada sólido, nada seguro, nada cierto.

¿Pudo Dios habernos negado este Maestro? No. Dios que nos ha creado a su imagen, que nos ha creado con inteligencia, que nos ha dado el conocimiento del bien, de lo bello, de lo verdadero, del mal, no pudo dejarnos errar en la aventura sin instruirnos, sin ocuparse de nosotros y sin hacernos llegar a aquel fin para el cual nos ha creado: Debió darnos un maestro. Dios ha amado al mundo de tal manera, que le ha dado a su Hijo único, para que quien crea en él, tenga la vida eterna. He aquí a mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias. Escuchadle.

¿Quién es este Maestro? Es Jesucristo. Sólo él cumple todas las condiciones que podemos pedirle a un verdadero maestro, tal como lo deseamos y tenemos derecho a pedir.

Él es la carta viva, que nos ha mandado el Padre para que la leamos y llevemos a cumplimiento.

Es el mismo Dios que nos enseña: Éste es mi Servidor que yo he escogido, mi amado en quien he puesto mis complacencias; haré reposar mi espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones (Mt 12, 18-21).

En el día de la Transfiguración lo proclama el Padre diciendo: Es mi Hijo amado en quien tengo puestas mis complacencias: escuchadle (Mt 17,5).

Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).

Su gran misión es instruir al mundo.

Así se lo dio a entender a los habitantes de Nazaret, cuando les explica las palabras del profeta Isaías:

El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva (Lc 4,18).

Decía a sus apóstoles: Vamos a predicar, para esto he venido: Ad hoc veni.

Tengo que anunciar el reino de Dios, pues fui enviado para eso (Mc 1,38: Lc 4,43). Sí. Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad (Jn 18,37). Para enseñar en la verdad. Yo soy luz del mundo. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo (Jn 9,5). Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6).

Su título.

Decía a sus apóstoles: Vosotros me llamáis Maestro y Señor; decís bien, porque lo soy (Jn 13,13). Uno solo es vuestro maestro, Cristo (Mt 23, 8-10). Le dice la samaritana: Cuando venga el Mesías, nos enseñará todas las cosas. Jesús le responde: yo soy, el que te está hablando (Jn 4, 25-26).

Lo que él enseña, está en plena conformidad con el Padre que le ha enviado.

Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Jn 7, 16).

El que me ha enviado es veraz, y lo que le oído a él es lo que hablo al mundo (Jn 8, 26). Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras (Jn 14.10). Hablo lo que he visto donde mi Padre... a mí, que os he dicho la verdad que oí de mi Padre (Jn 8, 38-40). Mi palabra no es mía, sino de aquel que me envió (Jn 14,24). Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me lo ha mandado (Jn 12, 49-50).

Conoce a Dios Padre

Conoce a Dios Padre, es su Verbo, por consiguiente, está siempre con él y en él (Jn 8,35). A Dios nadie le ha visto. El Hijo único que está en el seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer (Jn 1,18).

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Jn 3,13). El que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él (Jn 8,29).

Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo (Jn 8.23). Él, por lo tanto, puede decir con verdad: Creéis en Dios, creed también en mí (Jn 14, 1).

El que cree en mí, no cree en mí, sino que cree en aquel que me envió (Jn 12,24). En verdad, en verdad os digo: El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna; ha pasado de la muerte a la vida (Jn 5,24): Él es verdaderamente nuestro Maestro. Sólo él tiene derecho a enseñar las verdades eternas. Ha recibido de Dios la gran misión de enseñar a los hombres, para eso fue enviado. Sólo él puede instruirnos, porque sólo él conoce a Dios, sólo él ha visto a Dios, sólo él le ha oído y recibido órdenes para eso. Cuando lo escuchamos, escuchamos a Dios mismo, y creyendo en él, creemos en la vida eterna.

Es nuestro Maestro.

Los Apóstoles no le llaman más que Maestro.

Cuando iban navegando y la tempestad amenazaba con tragárselos, gritan: Maestro, sálvanos, que perecemos (Lc 8,24).

Un doctor de la Ley pregunta a Jesús y dice: Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos? (Mt, 22,35). Era, pues, el título ordinario que daban a Jesús. Es el que nosotros debemos darle. Su palabra, para nosotros, debe ser la palabra del Maestro, palabra verdadera, infalible, de Dios. El Maestro lo ha dicho, y basta. ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Verba mea spiritus et vita sunt. El que cree en mí tiene la vida eterna.

Si escucháis su voz (VD 122 – 127)

No endurezcáis vuestros corazones, no endurezcáis vuestros oídos a su voz.

Debemos responderle con alegría.

Ecce adsum³⁴. Ego tuus sum³⁵. Ecce ego³⁶.
Habla, Señor, que tu siervo escucha.
Señor, ¿a quién iré? Tú tienes palabras de vida eterna.
Eres mi luz, eres mi camino, mi vida, mi sabiduría y mi amor.
Yo te seguiré, Señor, adondequiera que vayas.
Estoy listo para morir contigo.
Daré mi vida por ti.
Iré a la cárcel a la muerte.
Tú eres mi rey, mi jefe, mi maestro.
Señor, si tienes necesidad de un pobre,
¡aquí me tienes!
Si tienes necesidad de un loco, ¡aquí me tienes!
Aquí estoy, oh Jesús, para hacer tu voluntad:
¡Soy tuyo! Ego tuus sum.

Escuchemos el primer aviso que Jesucristo nos da para escuchar su palabra y llegar a ser su verdadero discípulo.

En verdad os digo, si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios (Mt 18, 4)

Quien no reciba el reino de Dios como un niño no entrara en él (Mc 10,15).

Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes del mundo y las has revelado a los pequeños y humildes (Mt 11,25).

Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos (Mc 10,14).

³⁴ Heme aquí (1 Sm 3,4).

³⁵ Soy tuyo (Sal 119, 94)

³⁶ Aquí estoy yo (Jn 6,20)

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,3).

El que se humille y haga pequeño como este niño, será grande en el reino de los cielos (Mt 18,3).

Sumisión, sin discutirlo, tal como es. No discutimos con nuestros maestros: ellos están obligados a enseñarnos, nosotros a escucharlos y aceptar lo que digan.

Sumisión de niño. Esto es lo que sobre todo nos recomienda Nuestro Señor para cuando oigamos su palabra. ¿Qué vamos a discutir nosotros con Jesucristo, el divino Maestro? O queréis ser perfectos o no. Si no queréis, decid sencillamente: no quiero seguir este camino, quiero quedarme en el inferior. Pero si quieres ser perfecto, acepta su divina palabra tal como él la da y procura con la gracia de Dios ponerla en práctica. No hagáis lo que el joven rico del Evangelio a quien dice Jesucristo: Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres; él lo discute y no acepta la palabra.

Esta sumisión de espíritu a la palabra de Jesucristo es absolutamente necesaria para entrar en el reino de los cielos, donde no entran más que las almas privilegiadas del buen Maestro. Escuchar como un niño.

Un niño va a clase, no para discutir sino para aprender, trata de comprender lo que se le dice: no va a discutir y razonar, sino a aceptar. Si no comprende, interroga no para disentir sino para instruir y aceptar.

¿Qué diríamos de un niño, de un ignorante que discutiese con un astrónomo o con un geógrafo sobre la posición de las estrellas o de un lugar de la tierra, cuando el sabio le dice: es así?

Lo mismo nosotros con Jesucristo: no podemos discutir con él sobre lo que nos enseña.

El niño acepta del maestro, recibe la palabra que penetra en su corazón como el dedo en cera blanda: recibe la palabra. En cambio, los que no son niños y quieren discutir, razonar, escuchan la palabra, pero no la reciben. Sucede lo que con una piedra que cae sobre otra: rebota y vuelve hacia el lugar de su partida.

Hay espíritus sutiles, estrechos, quisquillosos, puntillosos, que hallan dificultad en todo, todo lo critican, no aceptan nada más que lo que les conviene³⁷. No hay nada más opuesto que eso al espíritu de Dios y a la condición de niño que Dios pide para entrar en su reino.

³⁷ Ms. XI, 81

Un pequeño defecto, una mosca, una tela de araña, una pequeña mancha, les ocupará más que todo el conjunto; dejarán lo bello, lo grande, lo útil para no reflexionar ni pensar más que en esa familia, en esa nadería que les tendrá ocupados y les hará perder el fruto de una instrucción o de algunos buenos ejemplos.

El que es de Dios escucha mi palabra.

Si vosotros no escucháis mi palabra es que no sois de Dios, decía Nuestro Señor a los judíos.

Ellos no escuchaban la palabra de Dios, no la recibían; no la escuchaban más que para contrariarla, criticarla, incluso para hallar en ella algo de qué acusarle y condenarle.

Los niños no tienen pasiones todavía; no se oponen a la palabra de Dios en sus almas inocentes; simplemente la aceptan, sin oposición. Nada se opone tanto a esta sumisión como las mezquinas pasiones³⁸.

La palabra de Dios es tan elevada, tan pura, tan celeste, tan por encima de nosotros, que cuando la oímos se sublevan contra ella nuestras mil pasioncillas rastreas, porque se hallan en oposición directa a esta misma palabra que les condena y destruye.

Nuestro corazón y nuestro espíritu gimen.

Nuestra pereza, nuestra avaricia, nuestro descuido, el deseo de bienestar, de andar a sus anchas, el orgullo, el buscarse a sí mismo, las propias satisfacciones, todo eso se rebela al mismo tiempo contra esa divina palabra y la tiene por exagerada, imposible. Juzga de locura al Evangelio, imposible de practicarlo.

Dicen entonces que no hay que exagerar, que hay que tener prudencia, que el Evangelio no es más que para un reducido número, como los santos, adonde es muy difícil llegar³⁹.

Se escucha entonces con precaución y reserva y, so pretexto de prudencia, dejamos el Evangelio para seguir la pequeñez de la razón: Esto lo vemos a diario por cuanto se refiere a la pobreza, penitencia, sacrificio, entrega; las virtudes verdaderamente evangélicas...

Leemos en algún pasaje que el Espíritu Santo está a la puerta y llama. Más aún: que empuja a la puerta para entrar: Ecce sto ad ostium et pulso.

Así pues, nuestro corazón es como una puerta en la que golpea el Maestro buscando entrar por ella.

Una puerta puede estar en varias posiciones y cuando uno llama o vienen a abrirla, pueden dejarla cerrada de modo que nadie pueda entrar, o entreabierta solamente, o abierta de par en par permitiendo entrar a cualquiera que llegue.

Eso mismo podemos hacer a Jesucristo nuestro Maestro respecto a la puerta de nuestro corazón, cuando él trate de entrar.

³⁸ Ms. XI. 82. ¡Oh, como hay que acallar las pasiones para comprender a Jesucristo! Es tan hermoso, tan elevado y puro que sus palabras rehúsan cabida en el corazón donde la pasión anide.

³⁹ Ms. XI, 173. Lo que es imposible a los hombres es posible a Dios. Esta frase viene al final de un versículo paralelo.

No abre la puerta el que se niega a que entre el Maestro y el que no quiere de ninguna manera a recibir a su Maestro para seguirle.

Se aferra a seguir sus ideas, sus pasiones, el mundo.

Abre a medias el que escucha sin dejar entrar con toda franqueza al Maestro; sigue como dueño de la puerta, señor de su casa, sin recibir a nadie; se planta como dueño de su casa y de su corazón.

Escucha, pero acepta solamente lo que quiere, hace lo que quiere, recibe lo que le conviene y deja lo demás, que no le agrada.

Recibe al Maestro con reserva y prudencia, hace más caso de su razón, de sus pasiones, que le dominan en vez del verdadero Maestro que quiere entrar, desconfía, le da miedo, abre sólo a medias su corazón, de modo que el Maestro no puede entrar para gobernar como lo debería hacer ⁴⁰.

El último abre del todo la puerta y deja que entre en su casa el Maestro que llama. Está feliz de recibirle y darle el sitio de honor; le escucha feliz deseando sólo una cosa: comprender lo que dice y ponerlo en práctica.

No le discute sino que busca cómo podrá practicar lo que entiende. Está espiritualmente a los pies de su Maestro como María, sin dejarse llevar ni de razonamientos, ni de las pasiones que se rebelan. El Maestro habla. No hay más pensamientos ni deseos que comprender lo que oye, practicarlo y alimentar su alma.

Le guía el amor y nada más.

Quiere entrar en el reino de los cielos; esto es todo lo que desea. Pisotea todo lo que la razón y las pasiones puedan decirle. Jesucristo es su único Maestro y no quiere seguir a ningún otro.

Alma sumisa y generosa, no dice: Eso es difícil, eso es imposible, eso va contra la prudencia y la manera común de proceder. Nada de todo eso. El Maestro ha hablado, el Maestro ha dicho, eso basta.

Ejemplos de sencillez.

Zaqueo que se sube a un árbol para ver a Jesucristo, su Maestro. El, hombre rico, había podido decir: ¿Pero qué es lo que he hecho? Me he portado como un niño.

⁴⁰ Ms. XI, 173

¡Nunca haremos demasiado!

¿De qué tienes miedo, tienes miedo de tener hambre, de ser perseguido, menospreciado, rechazado? ¿Y eso qué es?

El que ama a Jesucristo ¿qué puede temer?

¡Subirme a un árbol para ver pasar a un hombre! Nada de eso. Quiere ver a Jesucristo, su Maestro. No le importó lo que piensen los hombres.

Los pastores van a visitar el pesebre invitados por voz de ángeles. Los Magos salen de sus tierras y emprenden un viaje desconocido y largo para ir a ver al recién nacido.

Santa Magdalena, que entra en casa de Simón el fariseo donde Jesús estaba a la mesa, para pedirle perdón de sus pecados.

San Antonio no se puso a razonar cuando oyó en una iglesia esta palabra del Evangelio: Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes, dalo a los pobres ⁴¹ y tendrás un gran tesoro en el cielo. Se va, vende lo que tiene, lo da a los pobres y se retira a la vida solitaria.

San Francisco de Asís oye también esta palabra de Jesucristo en una iglesia: No poseas ni oro, ni plata, ni zapatos ni más trajes que el puesto. Acoge esto como si fuese dicho para él y abandona todo para convertirse en el verdadero pobre de Jesucristo en el mundo.

Ved aquí la sencillez de niño que Nuestro Señor requiere de sus verdaderos discípulos.

¡Qué de razonamientos habrían podido hacer todos los santos que han seguido el camino del Evangelio para excusarse de entrar por camino tan elevado, tan perfecto, tan difícil a la naturaleza! Si se hubieran dejado llevar de todos esos razonamientos, jamás habrían llegado a ser santos.

Nuestro Señor tenía mucha razón cuando dijo: Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos. Es decir, si os guiáis por los razonamientos humanos, si ponderáis lo que dicen tales razones, el mundo y vuestras ideas, vuestras pasiones, jamás escucharéis mi palabra ni la pondréis en práctica, porque mi palabra viene de lo alto y vuestros razonamientos son de abajo.

Yo soy de arriba, vosotros sois de abajo. Decía él. Así, pues, si él viene de lo alto, dejémonos conducir sencillamente, no intentemos ponernos a su nivel, porque está por encima de nosotros. No rebajemos ⁴² su doctrina con nuestros razonamientos insignificantes.

Este razonar es lo que mata al Evangelio y priva al alma del impulso que nos llevaría a seguir a Jesucristo y a imitarle en su belleza evangélica. Los santos no razonaban tanto.

⁴¹ El P. Chevrier escribe en el manuscrito: "Dalo al pobre"

⁴² Hemos retocado el texto: el P. Chevrier habrá escrito: "de rebajar su doctrina".

¡Por eso hay tantos razonadores y tan pocos santos! No tengamos miedo: Nolite timere, soy yo. Cuando haya que caminar sobre las aguas, como Pedro, ¿no tendríamos que ir a Jesucristo, si nos dijese como a Pedro: ven?”.

Pongámonos en espíritu a los pies de Jesucristo, como niños a los pies de su Maestro, con sincero deseo de escuchar su palabra y practicarla.

Necesitamos gran fuerza de voluntad.

Regnum Dei vim patitur et violenti rapiunt illud⁴³.
No necesitamos gente floja, afeminada.

3.LAS CARTAS

Carta N° 100

Queridos hijos:

Para la Sagrada Escritura seguiréis este procedimiento. Cada uno de vosotros se fijará en una virtud, que estudiaréis en primer lugar en el Nuevo Testamento:

el Hermano Pierre, la caridad;
el Hermano Agustín, la humildad;
el Hermano Paul, la pobreza;
el Hermano Farissier, la obediencia;
el Hermano Révérend, la pureza.

Para empezar, seleccionáis en el Nuevo Testamento todo lo que se refiera a esa virtud y después hacéis vuestro trabajo particular, de manera que a fin de año dispongáis de todos los materiales sobre la virtud asignada y os hagáis los apóstoles de vuestra virtud.

CARTA N° 86

Mis queridos hijos:

Me encuentro en Saint-Fons desde hace algún tiempo. Aquí rezo y aprendo a conocer a nuestro divino Salvador, nuestro Maestro, nuestro Modelo. Pienso mucho en vosotros, porque particularmente por vosotros ofrezco mis oraciones, mis pensamientos y mis acciones.

⁴³ El reino de los cielos sufre violencia y sólo los violentos lo arrebatan (Mt 11,12).

Ojalá ese lugar bendito se convierta para vosotros en un lugar de santificación, de alegría y de bendiciones celestes y un día os haga sacerdotes dignos de Aquél que fue el primer sacerdote y que dio su vida para gloria de su Padre y para la salvación de todos los que creen en él y esperan en su resurrección.

San Pablo situaba el conocimiento de nuestro Señor por encima de todos los conocimientos y se gloriaba de no saber nada más que a Jesucristo, y éste crucificado; ése es, en efecto, el conocimiento que esté por encima de todos los demás y el único que puede hacer de nosotros unos sacerdotes verdaderos y dignos de él. ¿No es necesario conocer a Jesucristo para predicarlo? ¿No es necesario conocer a Jesucristo para imitarlo? ¿Y cómo podríamos conocerle si no le estudiamos?

Es muy importante para un joven estudiante estudiar a nuestro Señor, a quien debe predicar más adelante y a quien debe imitar sobre todo en su conducta para ser el modelo de los pueblos, como decía San Pablo: imitatores mei estote, sicut et ego Christi, siendo el sacerdote la forma del rebaño, como dice san Pedro, forma gregis, el modelo del rebaño, el modelo que el rebaño debe mirar y reproducir.

Hijos míos, el tiempo es corto, es necesario comenzar pronto. Cuánto siento tanto tiempo perdido. Si hubiera comenzado pronto, si no hubiera sido tan descuidado, tan dejado, tan perezoso, cuántas cosas sabría que ahora no sé, y cuánto más fruto podría yo lograr en las almas.

Qué pocas cosas hacemos, en comparación con lo que tendríamos que hacer. Qué poca gente se convierte. Qué pocos conservan la fe, el amor de Dios, porque somos abandonados y hablamos muy poco de nuestro Maestro y no sabemos transmitir a las almas el amor de aquél a quien nosotros predicamos.

Oh, queridos hijos, trabajad con ardor para llegar a ser buenos sacerdotes. Y esto no por vosotros, para vuestra gloria, para agradar a vuestros padres, etc., sino solamente para gloria de Jesucristo nuestro Dios y nuestro Salvador.

Purificad bien vuestros pensamientos y los afectos de vuestro corazón en el estudio, sin buscar otra cosa que la gloria del solo y único Maestro, nuestro Señor Jesucristo.

4. OTROS TEXTOS DEL PADRE CHEVRIER

- <<La sabiduría>> (VD. 89 – 91)
- Estudio del Evangelio para tener el Espíritu de Jesús (VD. 224 – 227)
- Evangile et Oraison de l'apôtre (cf. le traité de l'oraison, CDA 197 – 207)
- Etudes du Père Chevrier sur Jésus Christ (CDA 133-175)
- Más fuerte con el Evangelio (C. 309, 310)

< (CDA : <<Antoine Chevrier: Chemin du disciple et de l'apôtre>> (Textes du fondateur du Prado. Présentation de Yves Musset. Edition Parole et Silence) >

*<< El Señor me ha dado lengua dócil,
que sabe decir al cansado palabras de aliento.
Temprano, temprano despierta mi oído para escuchar,
igual que los discípulos.
El Señor me ha abierto el oído. Y yo no me resistí,
ni me hice para atrás.>>*

(Is. 50, 4 – 5)

ESTUDIO ESPIRITUAL DEL EVANGELIO

(Tomado de la revista PP1 N° 1, octubre 1976)

Si estamos convencidos que el estudio espiritual del Evangelio es necesario, entonces siempre será posible encontrar tiempo para realizarlo. De otro modo, lo descuidaremos fatalmente.

EL DON TOTAL DE CRISTO

Un apóstol, en el sentido evangélico del término, es aquel que se entrega totalmente a Cristo para trabajar con él por la salvación del mundo. Los apóstoles han abandonado todo y han seguido a Cristo, que les ha llamado. Pero no podemos entregarnos a alguien a quien no conocemos. Renunciar a todos sus bienes, renunciar a fundar una familia, aceptar ser 'elegido para el servicio del Evangelio', es absurdo si no sabemos por qué se nos imponen estas renunciaciones. Es necesario, por tanto, que le conozcamos, a Él y su misión; es necesario saber en qué consiste esta salvación que él ofrece y aporta al mundo, en qué consiste esta buena noticia que debemos anunciar.

El Padre Chevrier decía: 'Conocer a Jesucristo lo es todo. Lo demás no importa nada'. Decía igualmente de aquel que ha encontrado a Jesucristo: 'Toda su felicidad está en seguir a Jesucristo... Jesucristo es su vida... Nada puede separarle de Jesucristo... Vive solamente para Jesucristo' (VD. 113 – 117).

Todo esto es evidentemente obra del Espíritu Santo en nosotros; no somos nosotros quienes elegimos a Cristo, es él quien nos ha elegido (Jn 15,16). Por tanto es necesario orar, pero eso no basta; se requiere estudiar el Evangelio a la luz del Espíritu Santo. Es necesario un estudio espiritual del Evangelio.

LA CONFORMACIÓN A JESUCRISTO

La gracia sacerdotal es una gracia de configuración con Jesucristo. Debemos vivir conforme al Cristo que representamos, en cuanto que él es el Jefe de su Iglesia, la Cabeza de su cuerpo. Esta es la enseñanza repetida varias veces por el Concilio (P.O. 2, 3, 6, etc...).

No seremos por tanto auténticamente sacerdotes, más que en la medida que, cooperando con la gracia de nuestro sacerdocio, busquemos conformarnos a Aquel que es nuestro 'modelo inmediato' y nuestro 'ideal supremo' (Enc. Sac. Coelibatus, 19).

Pero esta conformación con Cristo no debe ser solamente una imitación exterior. No debemos ser actores que representan el papel de Cristo en el escenario de este mundo. Debemos esforzarnos en ser, no solamente por nuestros poderes sino también por toda nuestra existencia, el Cristo viviente en medio de los hombres. Entonces seremos sacerdotes auténticos.

Sólo el Espíritu Santo puede realizar en nosotros esta conformación interior con Cristo. El Padre Chevrier decía: 'Es el Espíritu Santo quien produce en nosotros a Jesucristo' (Ms t. 9, p. 7). Pero el Espíritu Santo desea que cooperemos con su obra. Debemos, pues, estudiar a Jesucristo. De esta manera llegaremos a conocerle, le amaremos y haremos todo lo que esté de nuestra parte por asemejar-nos a él.

El Padre Chevrier ha destacado expresamente esta relación íntima entre el conocimiento, el amor y la imitación: 'Del conocimiento de Jesucristo brota necesariamente el amor... y cuanto más conozcamos a Jesucristo... tanto más crece nuestro amor por él, y añadía: 'Cuando amamos a uno sinceramente, somos felices en seguirle... y hacemos todo por imitarle' (V.D. 115 et 117; Cf. V.D. 101 – 103).

TESTIGO DE CRISTO POR SU VIDA Y POR SU PALABRA

Lo que hemos dicho hasta este momento, tiene un alcance universal. No somos plenamente sacerdotes más que en la medida en que nos entregamos a Jesucristo y en la medida en que nos conformamos a Él. Esto lo podemos aplicar a toda época y a cada país.

Actualmente, entre aquellos que escuchan al sacerdote, hay quienes no tienen fe; otros, cuya su fe se encuentra sacudida por la duda; existen también quienes ni siquiera saben si aún tienen fe. Para todos ellos, una predicación doctrinal no les es suficiente. Es necesario que 'prediquemos como Jesucristo' (VD 449). Ahora bien, Jesús fue el 'testigo fiel' (Apc 3, 14). El que vivía en el seno del Padre, decía a los hombres aquello que él veía y oía de su Padre (Jn 8, 26-38). Igualmente, los apóstoles fueron los testigos de Cristo y predicaban lo que ellos habían visto y oído (Hch 4,20; ver 1 Jn 1,3).

Cierto, nosotros no hemos visto a Dios y tampoco hemos visto a Cristo, pero gracias al estudio del Evangelio podemos encontrar a Dios y a aquel que Él ha enviado, Jesucristo (Jn 17, 3). Nuestra fe debe ser tal, que podamos hablar del

Padre y de su Hijo Jesús como de personas con quienes vivimos y a las que conocemos íntimamente.

San Pablo decía: “También nosotros creemos, y por eso hablamos” (2 Cor 4,13). Entonces sí seremos escuchados. Los hombres de hoy aceptan escuchar a un testigo, lo cual no quiere decir que se convertirán. Eso es ya otra cosa. Pero si ellos perciben y sienten que nosotros somos verdaderamente sinceros en nuestro testimonio; si ellos comprenden que, para nosotros Cristo es en verdad nuestra vida, es decir, el principio y la fuente de todas nuestras acciones, entonces nos escucharán.

De esta manera, para el sacerdote el conocimiento de Jesucristo y de su misión es un asunto de conciencia profesional, y ello desde cualquier punto de vista. En este sentido el Padre Chevrier decía: ‘Sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes’ (V.D. 113). Decía también: “Ningún estudio, ninguna ciencia, ha de ser preferida a ésta. Es la más necesaria, la más útil, la más importante” (V.D. 113).

Esto no quiere decir que el sacerdote no deba hacer otra cosa que estudiar a Jesucristo y su Evangelio; quiere decir, más bien, que las otras ciencias no son del mismo orden. Por lo demás, estudiando el Evangelio el Padre Chevrier había comprendido muy bien que el sacerdote debe siempre interesarse en conocer los misterios del Reino de los Cielos (cf Mt 13, 52); él sabía igualmente que el Buen Pastor conoce a sus ovejas (Jn 10, 14).

Tanto la teología como las ciencias humanas son necesarias en la vida del sacerdote, aun cuando no sean ambas del mismo orden. ‘Conocer a Jesucristo lo es todo. Lo demás no importa nada’ (V. D. 113, 114).

EL ESTUDIO ESPIRITUAL

El estudio espiritual del Evangelio debe ser una realidad posible a todo individuo, ya que es necesario a todos. Debe ser, entonces, algo muy simple en sí mismo, lo cual no quiere decir que deba ser simplista. Para un seminarista y para un sacerdote, el estudio del Evangelio debe ubicarse en su justo lugar en relación a la exégesis y a las ciencias teológicas. De esta manera el sacerdote podrá no solamente realizar su estudio del evangelio con toda seguridad, sino que también estará en condiciones de ponerse al servicio de todo el Pueblo de Dios para ayudar a los fieles a reconocer a Jesucristo en el Evangelio y a alimentarse de él.

El estudio espiritual es, a la vez, algo muy simple y difícil de definir. No lo comprendemos plenamente sino en la medida en que lo practicamos. Así que yo no les diré tanto qué es o en qué consiste dicho estudio, sino más bien cómo hay que hacerlo.

Este estudio es espiritual, es decir, que debe hacerse en **íntima dependencia del Espíritu Santo**. En efecto Él es, como nos lo prometió Jesús, quien nos enseñará todas las cosas y nos recordará todo lo que Jesús mismo nos ha dicho (Jn 14, 26). Es Él quien nos introducirá en la verdad completa (Jn 16,13). Este estudio debe hacerse, por ello, en una actitud de fe y de oración, de simplicidad y de disponibilidad. Debemos escuchar la palabra de Dios como niños, nos dice el Padre Chevrier (V.D. 122 – 127). Sin embargo, no debemos renunciar al trabajo normal de nuestra inteligencia.

Debemos esforzarnos en comprender lo que Cristo nos enseña; debemos sobre todo buscar penetrar en su conocimiento; pero este trabajo de investigación debe realizarse conscientemente en una actitud de discípulo. Debemos permanecer constantemente a la escucha del Maestro interior. Jesús había dicho a su Padre: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Lc 10,21).

Además, este estudio es espiritual en el sentido en que está orientado hacia la transformación de nuestra vida por el Espíritu de Dios. Nuestro objetivo no es sacar del Evangelio una enseñanza doctrinal sobre Jesucristo, ni un código moral para orientar nuestra vida. Nuestro objetivo es encontrar a Cristo para entregarnos cada día más profundamente a Él y para seguirlo más de cerca; queremos descubrir ‘su hermosura, su grandeza, su bondad infinita que le hace bajarse hasta nosotros’ (V.D. 119); reconocemos que de esta manera seremos impulsados hacia él por el amor, buscaremos imitarlo y nos haremos más capaces de trabajar eficazmente por la salvación del mundo.

Nuestra vida entera se transformará si Jesucristo llega a ser verdaderamente nuestro principio y nuestro fin (V.D. 107). Recordemos a San Pablo: ‘Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo... conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos’ (Flp 3, 8-10).

Lo que hemos dicho sobre el conocimiento de Cristo orientado hacia la transformación de nosotros mismos a partir de la comunión en su misterio de anonadamiento, muerte y resurrección, puede ser aplicado también a la enseñanza que Cristo nos ha dado.

Nos equivocariamos si quisiéramos hacer del Evangelio un libro de moral comparable a la moral de Confucio, de Aristóteles o de Epicteto. Ciertamente, Jesús no ha venido para abolir la moral natural como ha sido enseñada en el Antiguo Testamento, pero él la supera (cf Mt 5, 17-20). Por tanto, lo que necesitamos buscar en el Evangelio es ante todo el espíritu y la vida (cf Jn 6,63).

Es por tanto indispensable, para llegar a conocer bien a Cristo y su Evangelio a la manera de San Pablo o del Padre Chevrier, conocer muy bien igualmente la situación en la que él se encuentra, para descubrir cómo debemos comportarnos en todo según el Espíritu de Dios en conformidad con Cristo.

Por consiguiente, debemos acercarnos a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6) tal como somos, con la realidad de nuestra vida cotidiana, con el conjunto de relaciones humanas y todos los compromisos que ella encierra, con todos los problemas que suscita. Nos presentamos ante él como el ciego que exclamaba: 'Maestro, ¡que vea!' (Mc 10,51) o, mejor, como la Virgen María: 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra' (Lc 1,38).

Lo que, por tanto, caracteriza al estudio del Evangelio, es que éste se realiza siempre en dependencia de Cristo y de su Espíritu y en contacto con la vida. Es la actitud del discípulo que se entrega cada vez más a su Maestro y que desde este contacto con Él poco a poco se transforma gracias a la acción del Espíritu Santo. El discípulo llegará así progresivamente a realizar en su modo de pensar, en sus palabras y en su conducta aquello que Jesús haría en su lugar si Él se encontrara hoy en su situación. Entonces él podrá decir: 'No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí' (Gal 2,20).

Padre Alfred Ancel

Ficha de primera formación:

EL ESTUDIO DEL EVANGELIO

1. EL ESTUDIO DEL EVANGELIO EN LAS CONSTITUCIONES DEL PRADO

“Para progresar en el conocimiento de Jesucristo nos comprometemos a estudiar habitualmente el Evangelio y a encarnarlo en nuestras vidas.

Sea personalmente, sea en común, dedicaremos un tiempo considerable a este estudio espiritual: **<<El que quiere llenarse del espíritu de Dios debe estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida; he aquí la fuente donde nosotros encontraremos la vida, el espíritu de Dios>>**. (VD. 226)

Haremos de este estudio un verdadero trabajo que tenga en cuenta la totalidad de la Escritura. Lo realizaremos en la simplicidad de la fe, según la tradición de la Iglesia, sintiéndonos unidos a los pobres cuya vida compartimos.

“En la oración de cada día es donde hay que hacer este estudio y hacer pasar a Jesucristo a la propia vida... Es ahí donde encontraremos cada día alguna luz del Espíritu Santo y llegaremos poco a poco a conformar nuestra vida a la de Jesucristo. Es necesaria una oración asidua” (VD. 227)

En su oración, el verdadero discípulo pide a Cristo, Verbo Salvador, que abra su espíritu y su inteligencia para que la Palabra de Dios entre en su corazón y pueda él gustarla y comprenderla. Desea que todas las palabras del Evangelio sean para él otras tantas luces que le iluminen, le hagan ir a Jesús y seguirle en todos los caminos de la justicia y la verdad. Mientras que nosotros sentimos siempre la tentación de decir que el Evangelio es impracticable, el Padre Chevrier nos enseña a hacernos dóciles al Espíritu para escuchar, meditar y poner en práctica la Palabra, porque en esta palabra está la vida, la alegría, la paz, la felicidad” (Const. 37)

¿Qué es el Estudio del Evangelio?

- Un estudio: **“studeo”**, en latín, tiene una connotación afectiva. Expresa una pasión, una decisión, un compromiso asiduo. Es un trabajo serio, regular, ordenado, que compromete nuestra inteligencia y nuestro corazón.

- espiritual: **“en el Espíritu”**, bajo la acción del Espíritu Santo, para dejarse configurar a Cristo, hoy, en su misión, por el Espíritu.
- **del Evangelio** (de la Escritura): de la Persona de Jesucristo, a través de la sacramentalidad de la Palabra, en la totalidad de la Escritura.

Actitudes esenciales

- **Fe y oración:** ponerse ante Dios que quiere manifestarse y comunicarse con nosotros. Creer que la Palabra de Dios es activa y eficaz en el Espíritu Santo.

Creer que cada palabra o gesto de la Persona de Jesús es un rayo de luz que ilumina nuestra vida y nuestra misión.

Creer que esta palabra es confiada a los Apóstoles, a la Iglesia.

Dejar al Padre atraernos en el Espíritu hacia el Hijo, Jesucristo, para conocerle, amarle seguirle, para hacerle conocer, amar y seguir siempre más y más.

- **Simplicidad:** Aprender de los pobres y humildes a acoger el Evangelio como un don siempre nuevo y fresco, con asombro, alegría y gratitud. Es a los pequeños a quienes el Padre se ha complacido en revelar los secretos de su Reino (Lc 10,21)

Los demasiados numerosos razonamientos matan el Evangelio y desvían de lo esencial, que es buscar a Jesucristo, para dejarse transformar por su Espíritu.

- **Disponibilidad:** Con la docilidad del discípulo, abrir totalmente la puerta de nuestra vida al Señor que llama (Ap. 3, 20; VD. 125). Tener un corazón purificado, libre, disponible para seguirle a donde nos quiera conducir (Jn 21,18) porque solo El tiene palabras de vida eterna (Jn 6,68).

2. EL ESTUDIO DEL EVANGELIO PARA CONOCER A JESUCRISTO

“¡Oh! ¡Hacedos santos! ¡Ahí está todo vuestro trabajo de cada día! ¡Creced en el amor de Dios! ¡Creced para llegar a ello en el conocimiento de Jesucristo porque ahí está la clave de todo! ¡Conocer a Dios y a su Cristo, ahí está todo el hombre, todo el sacerdote, todo el santo! ¡Ojalá podáis llegar a ello!”

“Nuestro primer trabajo es por tanto conocer a Jesucristo para a continuación entregarnos totalmente a Él” (VD. 46).

La experiencia del Padre Chevrier

La vida del P. Chevrier está totalmente impregnada de la Palabra releída sin cesar, anotada, meditada. **A.** Chevrier estudia a Jesucristo en la Escritura y hace de este estudio su trabajo principal. Quedamos impresionados cuando observamos las 20 ó 25,000 páginas de manuscritos, frutos de sus estudios de Evangelio, sobre todo cuando se piensa en su vida tan llena de actividades y compromisos.

En su estudio de Evangelio, Antonio Chevrier es iluminado por la Gracia de Navidad 1856 cuando él contempla al Verbo que se ha hecho carne y que nos revela el amor infinito de Dios, cuando acoge esa luz nueva sobre el ministerio apostólico. De la gracia de la Navidad nacen convicciones profundas que han animado su estudio de Evangelio y su perseverancia.

- **El sacerdote es otro Cristo:** un hombre que vive de Cristo, que está lleno del Espíritu de Cristo, que se deja guiar en todos los momentos de su vida por el Espíritu de Jesucristo.
- Para llegar a ser otro Cristo, el sacerdote debe conocer a Jesucristo: **“¡Conocer a Jesucristo es todo!”**. **“El conocimiento produce necesariamente el amor”**. **Este amor es la fuerza que empuja al sacerdote en su actividad apostólica, “la caridad pastoral”** (PO 13).
- **“Hay que leer y releer el Santo Evangelio, penetrarse de él, saberle de memoria, estudiar cada palabra, cada acción, para comprender su sentido y hacerle pasar a los propios pensamientos y a las propias acciones”** (VD. 22).

Conocer, amar, seguir a la persona de Jesucristo

- No se trata de conocer en el sentido de ser informado sobre alguna cosa o tener una relación superficial con alguien. No se trata tampoco de un conocimiento puramente intelectual, sino de un conocimiento en el sentido bíblico, de una experiencia profunda y personal, de una comunión y un amor que nos lleva a seguir al Verbo de Vida.
- Es un conocimiento en la fe. La fe nos hace sentir y afirmar a Jesucristo como el Viviente hoy en su Cuerpo, en su Palabra, en los sacramentos, en los pobres. Somos llamados a entrar en comunión con su Persona y el misterio de su Pasión, de su Muerte y Resurrección, hoy, en el mundo. Como en San Pablo y en San Juan, la fe desborda en conocimiento, en deseo de

conocer más al Señor en quien creemos. Es un conocimiento progresivo, un proceso viviente que jamás se acabará.

Es un conocimiento en la objetividad de la fe de la Iglesia, en la Comunión Eclesial. Solamente en Iglesia tenemos acceso al Cristo de ayer, de hoy y de siempre.

- Es un conocimiento en el amor. El conocimiento incluye el amor y le hace crecer. El conocimiento da deseo de imitar y de seguir. Libera poco a poco de todo lo que nos impide seguirle a fondo.

En la tradición bíblica, conocemos por qué somos conocidos por nuestro nombre por el Amor eterno. Jesús conoce y ama a todos personalmente (Jn. 10).

- Este conocimiento es la obra del Espíritu Santo en nosotros. Es un don trinitario a recibir, a pedir, a cultivar. A. Chevrier nos dice, con San Pablo, que este conocimiento es el bien supremo, la anticipación de la gloria. ¡es todo!

En San Juan, el conocimiento de Jesucristo es decisivo para tener la vida eterna (17, 3). Es la vida nueva en Cristo.

En San Pablo, el conocimiento de Jesucristo es un fin, el mismo fin de la vida del creyente. No puede reducirse a un medio: “Yo le conoceré como El me conoce”. (1 Cor. 13,12; Gal. 2, 20; Fil. 3, 7.14).

3. EL ESTUDIO DE NUESTRO SEÑOR PARA CAMINAR CON SU ESPÍRITU.

- Antonio Chevrier (VD. 224 – 234; 510 – 511) subraya la estricta relación entre el estudio del Evangelio y el Espíritu Santo: ***“¿Qué tenemos que hacer? Estudiar a Nuestro Señor Jesucristo, escuchar su Palabra, examinar sus acciones, a fin de conformarnos con Él y llenarnos del Espíritu Santo. Puesto que todo lo que Jesucristo ha dicho, todo lo que ha hecho está dictado por el Espíritu Santo, hay pues que estudiar sus palabras y sus acciones y conformar nuestra vida y nuestras palabras a lo que El ha dicho, lo que ha hecho, y entonces nosotros actuaremos y hablaremos según el Espíritu Santo”*** (VD. 225).
- El Espíritu debe ser el actor principal en nosotros. Todo debe nacer en nosotros del Espíritu, si no queremos ser árboles artificiales. Sin El no hay verdadera conformidad con la persona del Verbo; no hay tampoco testimonio apostólico, ni comunión eclesial, ni vida entregada por amor. Solo el Espíritu puede avivar en nuestra fragilidad la vida y el ser del Enviado del Padre. La gran cuestión en el estudio del Evangelio no es “¿Qué debo

hacer?” sino “¿Cómo quiere el Espíritu conducir mi existencia y mi ministerio?”. El discípulo no es un simple repetidor de un modelo exterior. Se deja moldear por la creatividad del Espíritu.

- El Don del Espíritu se nos hace para la comunión de fe con el Verbo; ***“El que quiere llenarse del Espíritu de Dios debe estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida; he aquí la fuente donde encontraremos la vida, el Espíritu de Dios”*** (VD. 226)

Para hacer bien el estudio del Evangelio tenemos que vaciarnos de nuestro espíritu y de nuestra voluntad para hacernos disponibles al Espíritu de Dios. El don del Espíritu no nos llega según nuestra voluntad y nuestros criterios. Hay que esperarle e invocarle sin cesar. El que persevera en el estudio de Nuestro Señor Jesucristo será progresivamente invadido y guiado por su Espíritu.

4.EL ESTUDIO DEL EVANGELIO PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS POBRES

Antonio Chevrier es un catequista y un formador. Estudia el Evangelio para hacerle conocer “a los pobres, a los ignorantes, a los pecadores” y para formar a sus seminaristas

Estudiar el Evangelio para los pobres

- En la experiencia apostólica de A. Chevrier, el estudio de Evangelio nace de una exigencia de la caridad pastoral: hacer conocer a Jesucristo es el más hermoso regalo que se puede hacer a los pobres. Es la energía de donde puede salir todo el dinamismo de su liberación.
- Para evangelizar a los pobres hay que conocer a Jesucristo, su Palabra, su vida, su misión. Así podremos hablar de Él vitalmente, simplemente, familiarmente, concretamente.

Esta es la misión del Apóstol: comunicar la fe en Alguien, en una Persona, el Señor Jesucristo. Hay pues que ser su testigo, el verdadero Salvador, y no profesores de ética o religión. Para esto necesitamos conocer la Persona del Verbo, para poder conducir a los hombres a su encuentro, al “seguidme”.

- Los pobres tienen derecho a los frutos de nuestro estudio del Evangelio. Para comunicar y compartir su estudio del Evangelio, Antonio Chevrier nos enseña a hacer una pequeña síntesis, que no es una construcción intelectual, sino como que él dice es “un macizo de flores” en el que recogemos

las luces más vitales para nosotros. Así, construiremos “nuestro propio catecismo”.

Estudiar el Evangelio con los pobres

La tradición pradosiana subraya la importancia de hacer estudio del Evangelio con los pobres. ¿Por qué? Los pobres, en medida en que leen el Evangelio sin “todos esos razonamientos”, dejándose conducir por el buen sentido, y el Espíritu de Dios depositado en ellos, pueden enseñarnos muchas cosas para comprender el Evangelio. Jesús nos revela que el beneplácito del Padre ha sido manifestar a su hijo a los pequeños y a los humildes. Debemos pues ponernos a la escucha de los pobres. Es por esto por lo que los pobres son nuestros maestros.

- Antonio Chevrier nos enseña también cómo estudiar la Escritura con los pobres:
 - Con la “pobreza” que les caracteriza profundamente: escuchar con fe y poner su confianza en el Señor.
 - Con la “audacia” de los pobres: los razonadores encuentran el Evangelio impracticable, antes mismo de intentarlo. Los pobres son conscientes de su debilidad, pero también de que su fuerza está en el Señor.
 - Con la “alegría” de los pobres, que se sienten “agraciados” por el Señor como María en el magnificat.
- Siguiendo a Antonio Chevrier somos llamados a comprometernos para que los pobres tengan la posibilidad de compartir entre ellos y con los demás su experiencia y su comprensión del Evangelio. Debemos acoger con fe lo que la Palabra suscita en los pobres y dejar al Espíritu Santo iluminarnos a través de ellos.

5.LA PRÁCTICA DEL ESTUDIO DEL EVANGELIO

En el Padre Chevrier encontramos sobre todo dos maneras de hacer el estudio del Evangelio:

- escoge un tema y recorre los Evangelios, S. Pablo y los demás libros de la Biblia, buscando los pasajes que conciernen al tema.
- estudia un texto particular, p. e. el prólogo de San Juan (VD. 59 – 63).

El estudio del Evangelio a partir de un tema o de una cuestión planteada al Evangelio

No se trata de buscar en el Evangelio, como en una enciclopedia, soluciones o recetas para nuestros problemas, sino de ir al encuentro de la Palabra viviente del Señor que nos ilumina y nos salva. Jesús no ha venido a darnos respuesta a todas las cuestiones de los hombres. Nuestra esperanza es su misma persona, que acoge, purifica, eleva las esperanzas de los hombres. Con frecuencia en el Evangelio Jesús devuelve la cuestión al que la plantea, para que acoja la Palabra sin quedar prisionero de sus razonamientos. Dios nos responde siempre en la Persona del Verbo: para ello, antes de plantear una cuestión al Evangelio hay que renovar nuestra fe en Él y nuestro deseo de conocerle, de amarle, de seguirle, para anunciarle a los pobres.

- Es necesario fijarse sobre una cuestión sencilla, centrada sobre la persona de Jesucristo, abierta, sin prejuzgar la respuesta de antemano, sin buscar luces demasiado inmediatas. Dejar al Señor actuar en nosotros e iluminarnos por su Espíritu, cuando Él lo desee.

Para eso necesitamos formular bien la cuestión y verificar que no proviene de intereses solamente intelectuales, sociológicos, psicológicos, sino de nuestra vida de discípulos y apóstoles de Jesucristo, deseosos de fundar sobre Él toda nuestra vida y todo nuestro ministerio.

- Es importante recoger las luces que el Señor ha sembrado en nuestros encuentros con su Palabra y hacer una “pequeña síntesis”. Ella nos permitirá una mejor comunicación de nuestro estudio de Evangelio a los demás. Esta síntesis no es un resumen, sino la recogida de las luces más vivas para nosotros y nuestro ministerio. Es el fruto de la repetición orante de nuestro encuentro con el Verbo, contemplado en el Evangelio y en la vida apostólica.

El estudio del Evangelio a partir de un texto concreto

Se trata de un itinerario caracterizado por tres preocupaciones fundamentales:

- **Ver:** Tener una preocupación de objetividad, de alteridad, de respeto, de obediencia al texto, para recoger el verdadero mensaje del pasaje, sin ideas preconcebidas, utilizando también los aportes de la ciencias bíblicas.

Leer y releer el pasaje y si es posible, escribirle, subrayando, anotando, prestando atención a las diferentes personas, a los verbos y los adverbios, que indican las acciones y las actitudes de Jesús. Preguntarse lo que hacen y lo que dicen aquí Jesús y los demás personajes del pasaje. Anotar el mensaje recibido.

Contemplar: Con la preocupación de la comunión con la Persona de Jesucristo resucitado, que “siempre trabaja” en la Iglesia y en el mundo.

Admirar la humanidad y la divinidad de Jesús revelada en este texto. Contemplar como Jesús ha vivido lo que decía.

Detenerse a lo que este texto nos hace conocer de Jesucristo y a través de él, del Padre y de nuestro ministerio apostólico.

Preguntarse cómo y donde en la Iglesia y en nuestro pueblo, Jesús está hoy realizando lo que hemos descubierto en el Evangelio. Donde hemos visto a hombres y mujeres hacer estos gestos y decir estas palabras, vivir de su Espíritu.

Contemplar al Señor presente y actuando en las personas, en las que el texto nos hace pensar. Entrar en los sentimientos de Jesús (Fil. 2,5) hacia el Padre, la gente, los pobres.

Orar al Espíritu Santo para que Él nos guíe hacia la plenitud del conocimiento de Jesucristo, “la Verdad toda entera” (Jn 16, 13 -14).

- **Actuar:** Tener la preocupación de la conversión de nuestra relación con Cristo y con los demás: “¿Quién eres Tú Señor?” (Hech. 9, 5). “¿Qué quieres que haga? (Hech. 22, 8-10). “He aquí la esclava del Señor” (Luc. 1,38).

¿Cómo este Evangelio me indica un camino para ser más un verdadero discípulo, apóstol de Jesucristo? ¿Qué me puede ayudar y qué ser un obstáculo para que yo viva esta Palabra?

Recoger las llamadas que el Señor nos dirige y renovar nuestra decisión de seguirle.

Tomar una decisión sobre algo concreto.

El Estudio del Evangelio Comunitario

He aquí un itinerario posible:

- Tomar un momento de oración al Espíritu Santo , para pedir las actitudes que conviniesen a un estudio espiritual del Evangelio.
- Proclamar el texto.
- Darse un tiempo suficiente de estudio personal.
- Comunicar nuestras reflexiones, sin discusiones, con simplicidad.
- Terminar con una oración, primero en silencio, después expresada juntos por parte de algunos.

EL ESTUDIO DEL EVANGELIO EN EL PRADO

“Estudio de Nuestro Señor Jesucristo

en el Santo Evangelio”

MÉTODO SEGÚN LOS PUNTOS ESENCIALES DEL

BEATO ANTONIO CHEVRIER

UN DON DE DIOS

La persona humana es elegida para entrar en el conocimiento que constituye el corazón de Dios, entre el Padre y el Hijo.

“Nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27).

En el estudio de Evangelio, el Espíritu Santo nos pone bajo el ejemplo de Jesucristo al hacernos entrar en su conocimiento del Padre, en su conocimiento de los humanos, en su vida entregada por amor.

“Yo soy el Buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí, como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre; y doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 14-15).

Nosotros recibimos la Palabra de Dios en medio de las personas con quienes vivimos, en medio de las más pobres de nuestras sociedades. Esto nos da una sensibilidad particular que alimenta nuestra sed de Dios y de su salvación.

En consecuencia se trata de un llamado a tomar a Jesucristo como único “Maestro” y a invitar a todas las personas a que se pongan en una actitud de escucha. “Después fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: ‘El Maestro está aquí y te llama’. Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro” (Jn 11, 28-29).

“El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Tenemos “razón para fijar nuestra mirada” en Cristo, Verbo de Dios”, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que despunte el día y aparezca el lucero de la mañana en sus corazones” (2 P. 1,19).

La finalidad del Estudio de Evangelio

La primera finalidad es totalmente gratuita. Es la unión con Jesucristo, pidiéndole la gracia de conocerlo y de unirnos a Él. Es la contemplación de la grandeza de Dios en la humanidad misma de Jesucristo, Enviado del Padre. “¡oh verbo! ¡Oh Cristo! ¡Qué bello y qué grande eres! ¡Quién acertara a conocerte! ¡Quién pudiera comprenderte!”

Para prolongar la experiencia del Padre Chevrier, la noche de Navidad de 1856, es necesario que entremos en una comprensión y una admiración de Jesús en su humanidad y en su divinidad.

Fortalecer al discípulo. “Conocer a Jesucristo lo es todo. El resto es nada”. Este conocimiento, por sí solo, hace al verdadero discípulo. Produce el amor, una profunda comunión entre Dios y la persona, entre Dios y la comunidad de discípulos. El recibir y compartir la Palabra son una experiencia de alegría. Esto es lo que nos transmitió la tradición apostólica. Y nuestra comunión [entre discípulos] es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa” (1 Jn 1-4).

Debemos dejar que el Espíritu nos haga estudiar y comprender las Escrituras, nos haga descubrir el secreto de Jesucristo, a fin de que nos unamos a Él y de que nos conformemos a Él. “Aquel que quiere llenarse del Espíritu de Dios debe estudiar a nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida. Esta es la fuente donde encontraremos la vida, el Espíritu de Dios” (VD. 225-226). La relación entre la oración y el estudio del Evangelio es evidente. “En la oración es donde cada día hay que realizar este estudio y hay que hacer que Jesucristo entre en nuestra vida” (VD. 227).

Dar forma al apóstol. En el estudio de Evangelio y en la oración, el Espíritu Santo nos moldea como testigos de Jesucristo, a través de nuestra persona misma y de nuestra manera de conducirnos en este mundo, configurados al Resucitado. En la presencia y en la tarea que nos es confiada al servicio de los más desprovistos, el trabajo asiduo con el Evangelio puede ayudarnos a discernir el mejor camino misionero y a poder aprender a hablar de Dios.

El dinamismo del

“Conocer, Amar, Seguir a Jesucristo”

Ser cristiano es convertirnos todos los días en Discípulo de Jesucristo. Es aprender a caminar sobre sus huellas, a través de todo lo que nos sucede, a través de

nuestra misión. Para ello, el Espíritu Santo nos invita a frecuentar a Jesucristo, nos pone a la escucha de su palabra, particularmente en el estudio de las Escrituras y en la oración.

Podemos decir que para convertirnos en verdaderos cristianos, en verdaderos discípulos, es necesario –como nos invita el Padre Chevrier–:

“Conocer a Jesucristo, Amar a Jesucristo, Seguir a Jesucristo”

“Conocer”	“Amar”	“Seguir”
Cristo me conoce	Dios me ama, me elige	El Señor llama
Y quiere darse a conocer	Cristo ora por nosotros	a seguirlo de cerca
Estudiar su Palabra	lugar de oración	¡decidirse!
<i>Meditarla como María</i>	<i>Contemplar, Orar</i>	<i>poner en práctica</i>
<i>(la inteligencia-la cabeza)</i>	<i>(el sentimiento-el corazón)</i>	<i>(la voluntad-los pies)</i>

Las diferentes formas de estudios de Evangelio

1-Un punto de búsqueda o una cuestión precisa.

Es la manera más frecuente en el Padre Chevrier y que constituye la originalidad del estudio de evangelio en la familia del Prado. En función de un punto de búsqueda para iluminar mi vida de discípulo o para alimentar mi responsabilidad apostólica, hago una colección de textos y de citas que se refieran al objeto de la búsqueda.

Podemos tomar el camino del Padre Chevrier, en la parte de los “sígueme” del Verdadero Discipulo. (¿Cuál es la práctica de Jesús? ¿Cuál es su enseñanza? ¿Qué dicen al respecto San Pablo y los Apóstoles? Un resumen. De las prácticas en el marco de un pequeño “reglamento”. Una oración).

2-Un texto particular de las Escrituras

El Padre Chevrier hizo de esta manera el Prólogo de San Juan al principio del “Verdadero Discipulo”. Tal vez el evangelio del domingo... A partir de este texto, puedo encontrar referencias con otros textos, otras citas de la Biblia.

3-La lectura continua de uno de los libros de la Biblia

Al tomar un punto preciso de búsqueda y de meditación, recorro todo un libro. Por ejemplo, ¿cómo forma Jesucristo a sus discípulos en el Evangelio de Mateo? ¿Cuál es la relación de los pobres con Jesús en el Evangelio de Lucas? ¿Cuál es la acción del Espíritu Santo para la fundación de la Iglesia, en el libro de los Hechos de los Apóstoles?...

(-Es posible seguir varios “proyectos” al mismo tiempo... sobre la computadora o en cuadernos. – Normalmente, cada uno elige por sí mismo los textos o las citas a partir de su conocimiento de la Biblia o de una concordancia. El estudio de Evangelio puede también realizarse a partir de textos que la Iglesia nos da a meditar en la liturgia. Cada año, se nos da un Evangelio para meditarlo los domingos. En la semana, se nos propone la lectura más o menos continua de varios libros).

El estudio de evangelio: una posibilidad de desarrollo

1-Preparación

El estudio de Evangelio puede realizarse de manera individual o bien en grupo. Es siempre un acto eclesial. Requiere tiempo y organización. Es siempre de gran interés poder compartir el estudio de Evangelio personal, sea durante un encuentro de equipo, sea con un acompañador espiritual.

Es muy valioso escribir las citas retenidas de la Palabra de Dios o memorizarlas. La computadora es una buena herramienta, ¡al igual que la antigua práctica de los cuadernos! Es una manera de tener respeto por un texto a través del cual Dios viene a hablarnos, y de no perder el fruto de nuestros estudios.

¿Cómo disponernos a un estudio espiritual de Evangelio? Esto supone un acto de fe. Dios quiere darse a conocer. ¿Cómo permito al Espíritu Santo que me abra la inteligencia y el corazón? Es muy recomendable un momento de oración al Espíritu Santo.

El estudio de Evangelio se realiza en “situación”. Dios me dirige su Palabra en la articulación del evangelio con la realidad concreta de mi vida y de las personas que me rodean.

Antes de ponerme a hacer estudio de evangelio, puedo hacer que venga a mi conciencia aquello que marca mi existencia y, sobre todo, las alegrías y sufrimientos de la gente de la cual soy responsable (algunos rostros, algunos hechos me vienen a la memoria).

2-El estudio.

A-Conocimiento de Jesucristo, el Verbo, el Enviado del Padre, el “**Maestro**”.

- ¿Qué hace Jesucristo? (Mirar)
- ¿Qué dice Jesucristo? (Escuchar)
- ¿Quién es Jesucristo? (Meditar)

Este primer momento es esencial: en estos textos, estas citas, ¿cómo toca Jesucristo mi corazón? ¿Qué me revela del designio de Dios, del misterio de Dios, del misterio de la persona humana? (sea en los Evangelios, sea en la totalidad de la Biblia iluminada por la Encarnación del Salvador).

B- ¿Cuál es el comportamiento, cuáles son las reacciones de las **diversas personas concernidas** en estos textos, (poniendo particular atención en los pobres y en los discípulos)? (las multitudes, los opositores, los enfermos, los responsables religiosos y políticos, los doce,...) ¿Qué hacen? ¿Qué dicen? ¿Quiénes son?

C- ¿Cómo se relaciona conmigo este estudio de Evangelio (en la situación en que me encuentro o nos encontramos, en las responsabilidades que me son confiadas)? **¿Qué debo retener de él para mi vida de discípulo?** ¿Qué debo retener en mi servicio de testigo de Cristo, para que la gente encuentre en mí al buen pan que proviene de Dios? ¿Qué debo comunicar a las personas y a las comunidades a las que acompaño, para “catequizar” mejor?

(El Estudio de Evangelio, inspirándonos en el mismo Padre Chevrier, puede realizarse a partir de dos o tres columnas:

- La primera es la transcripción del texto bíblico, de las citas retenidas.
- La segunda recoge lo que se descubre de Jesucristo y del misterio de Dios.
- La tercera recoge la actitud de las diversas personas concernidas y puedo anotar ahí mis propias reacciones y descubrimientos para mi vida de discípulo y de apóstol).

3-Recoger los frutos

El estudio de evangelio es un verdadero trabajo que requiere una real disciplina y al mismo tiempo es un regalo de Dios, una gracia de unión a Jesucristo en el Espíritu. Para ello, el tiempo de oración es constitutivo de la escucha misma de la Palabra. Si no oramos, como lo afirmaba el apóstol de la Guillotiére, mejor valiera tirar nuestros escritos a la basura.

A partir del estudio de Evangelio, se trata de dejar que la oración nazca en nosotros. El Padre Berthelon hace la siguiente reflexión: “¿Cómo aprender a orar? El Padre Chevrier nos pone sencillamente ante los ejemplos y los compromisos de Jesucristo. Es a fuerza de ver orar a Jesús que podemos descubrir en nosotros mismos la oración” (VD. 357).

Debemos recordar dos puntos al final del estudio de Evangelio:

Un resumen. En algunas palabras, condensar lo esencial de la búsqueda: - el rasgo o los rasgos del rostro de Cristo que descubrimos. - ¿Qué luz provenía del Espíritu Santo? - El llamado concreto para seguir a Jesucristo más de cerca. - ¿Qué prácticas cabrían dentro del marco de un “pequeño reglamento”? – Los puntos que debemos comunicar o compartir con los hermanos y hermanas.

Una oración. Expresar la contemplación, la admiración por Jesucristo al centro del misterio trinitario. Ofrecer al Padre los frutos de este estudio. Pedir al Espíritu Santo la fuerza de actuar a la manera de Cristo en nuestro propio medio.

Robert Daviaud (25 de Diciembre del 2008)

“Todo me ha sido dado por mi Padre,

Y nadie conoce al Hijo

Sino el Padre,

Así como nadie conoce al Padre

Sino el Hijo

Y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”

(Mt. 11, 27)

“Que la Palabra de Cristo resida

En ustedes con toda riqueza”

(Col. 3, 16)

ARTÍCULOS SOBRE EL ESTUDIO DEL EVANGELIO

<<Pourquoi et comment étudier les Ecritures?>>

Yves Musset PPF 34 (1980)

<<Les Pères de l’Eglise et l’Ecriture>>

Makram Kozah PPI 45 (1987)

<<Essai sur l’étude de N S J C selon Antoine Chevrier>>

Gabriel Piroird PPI 89 (2006)

<<Comment proposer la bible aux simples?

à partir de l’expérience de l’Etude de l’Evangile pradosienne>>

Mémoire de licence, Yves Delavoix (2005)

<<L’étude de l’évangile dans la tradition de l’Eglise>>

Olivier de Béranger Seoul (1989)

<<L’étude spirituelle de l’Evangile>>

Père Ancel PPI N° 1 Octobre 1967

<<El estudio del evangelio, elemento constituyente de
nuestra vocación pradosiana>>

Antonio Bravo Tisner El Prado 116 (1988)

<<L’étude de l’Evangile: son efficacité>>

Antonio Bravo Tisner PPF 45 (1986)

<<El Estudio del Evangelio, don y camino a recorrer la fe>>

Antonio Bravo Tisner El Prado 1998

<<Etude d’évangile et regard théologal>>

Pino Arcaro PP 51 (1989)

<<Fidelidad al estudio de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio>>

Revista Prado Mexicano N° 3 (2008)

<<Apuntes para un estudio de evangelio>>
Federico Carrasquilla, Hernando Pinilla

<<Etudier Jésus Christ”, <<Etude de l’Evangile, oraison
Et catéchisme>> dan <<Le Christ du Père Chevrier>>
Yves Musset (Desclée, 2000) P. 33-34, P. 41-45
<<L’étude de Notre Seigneur Jésus Christ>> dans
<<Suivre Jésus Christ>>
Damiano Meda (le Cerf 2004) P. 128-143)

DOCUMENTOS ECLESIALES

- Constitución <<Dei Verbum>> del Concilio Vaticano II
(cf. le commentaire de Henri de Lubac <<La Révelation Divine>>
Le Cerf (2006)
- Commission biblique pontificale <<Interpretation de la Bible de l’Eglise>> Le
Cerf 1984
- Mensaje final del Sínodo sobre la Palabra de Dios (2008)

